

Armando PEGO PUIGBÓ. *Poética del monasterio*. Madrid: Encuentro, 2022, 23 x 15 cm, 266 pp. ISBN: 978-84-1339-120-5.

Poética del monasterio es el volumen culminante de una ambiciosa composición en tres movimientos (está precedida por *Trilogía Güelfa* -Vitela, 2014-2016- y *El peregrino absoluto* -Cypress Cultura, 2020-) en la que su autor, catedrático de Humanidades en La Salle-Universitat Ramon Llull, conforma una propuesta original de *estética teológica*, en una lectura del actual momento civilizacional provocadoramente realizada bajo el signo del drama teológico de la Creación, la Caída y -singularmente en el caso de la obra que nos ocupa- una paradójica Redención. A lo largo de las sucesivas etapas de este proyecto, el autor ha venido interrogándose sobre las condiciones de posibilidad de la transmisión y pervivencia de una cultura, la cristiana occidental, hoy radicalmente impugnada. En este sentido, la presente obra se propone interpretar el momento presente a la luz de un análisis del destino trágico que nuestras sociedades reservan a aquellas figuras tutelares -el padre, el maestro y monje- que, en su potencial de articulación del doble eje vertical-horizontal de la realidad humana, se habían constituido tradicionalmente como instrumentos necesarios para asumir la contradicción y perpetuar, en esa medida, su misma existencia.

Lejos, sin embargo, de contentarse con un diagnóstico resignado, Pego ha tratado simultáneamente de *acoger y mostrar* -en apuesta por una “deixis imprescindible”- los motivos de una esperanza capaz de atravesar, sin por ello negar sus contornos -precisamente porque no los niega-, la desintegración actual. Desde las epopeyas de Ulises y Eneas hasta la vocación de Abraham, pasando por las figuras de Antígona, Medea o Rut, entran en juego a lo largo de estas páginas las figuras fundacionales del imaginario occidental, en admirables análisis que ponen de manifiesto su imperecedera capacidad de fascinación, su potencial para suscitar y aglutinar la tensión política y escatológica de las generaciones. Su intención se dirige, con todo, más allá de un mero proyecto de apologética cultural que se contentara con subrayar la capacidad de interpelación emotiva de los *grandes libros*. El texto desconcierta por un planteamiento doctrinal que recoge en singular síntesis la reivindicación de la herencia clásica o de la teología monástica del XII junto con una aparentemente plena asunción de los motivos y formas de la posmodernidad, aunque sea solo como ineludible punto de partida, sin asumir sus fines -con el fin, de hecho, de transgredirlos. En su exploración de las modalidades de relación entre el signo artístico o literario, la verdad significada y el sujeto individual o comunitario a ella referida y por ella constituido, supone una apuesta arriesgada por lo *poético* como forma prioritaria de aprehensión de la verdad de lo real, como vehículo de sentido.

Es plenamente coherente con lo anterior el epíteto de *monástico* que, desde el primer momento, y no de forma circunstancial, el autor reivindica para su libro. El oficio litúrgico no aparece aquí contrapuesto a la producción artística e intelectual profana, sino como su necesaria fuente y arquetipo, en la medida en que se da en ella, en el acto

de desposesión de sí que le es inherente, una re-creación del orden creado, una apelación a la *presencia real*, en el signo, del orden trascendente, sin la cual todo acto de lectura y de escritura -necesaria apuesta por el sentido- devendría propiamente incomprensible. La estructura del libro se articula sugerentemente, en base a esta intuición, en torno al esquema de un oficio monástico de *laudes* o de *vísperas*, de modo que la profusión de análisis literarios, teológicos, filosóficos o psicoanalíticos se despliegan a lo largo de capítulos que juegan respectivamente las funciones de *himno*, *salmos*, *lectura*, *responsorio* o *preces*. Resumamos brevemente, a modo de guía, sus trazos principales:

El primer capítulo, “*In nomine Spiritus*”, sitúa desde buen principio al lector en el horizonte que va a guiar la reflexión hasta el final: la pregunta por los presupuestos de la afirmación de lo *humano*. La mención a los tratados espirituales de la primera parte del XVI español apunta ya la respuesta, en una delicada -por históricamente asediada- concepción que podríamos calificar como *humanismo escatológico*. Este estaría a su vez asociado a la promesa, no por defraudada menos exigida, de *otra* modernidad. Otra, entendiéndose, respecto de aquella, a la postre triunfante, que tendría sus manifestaciones más genuinas en el paradigma técnico-científico, en la hermenéutica histórico-crítica de la Biblia, en la progresiva y subsiguiente evacuación de toda concepción sustancial del alma humana. Inversamente, sólo la perspectiva escatológica permitiría fundamentar cabalmente una teoría de las potencias del alma en la que entendimiento, memoria y voluntad fueran susceptibles de ser unificados en la unidad creadora de un acto amoroso, libre respuesta a la bondad de la verdad entrevista y nunca plenamente poseída. Solo ella permitiría articular, frente al colapso deconstructivo que acaba por decretar la muerte del texto, la posibilidad de ese siempre renovado ejercicio de interpretación que, movido por la nostalgia de la unidad perdida, constituye el hecho mismo de la Tradición.

“La palabra y la carne” y “Los umbrales de Troya”, segunda y tercera parte del libro, conforman su principal y programático núcleo argumental. Son la salmodia y la lectura recapitulativa, a la vez suplicante y eucarística, de las mencionadas figuras del *padre*, el *maestro* y el *monje*. Estas habrían aspirado a articular, en un frágil equilibrio que pasaría obligatoriamente por la asunción del carácter a la vez imperativo y transitivo -simbólico, por lo tanto- de la autoridad, las exigencias disciplinarias de la comunidad con la protección de la íntima libertad y de las potencialidades creadoras de sus miembros. Mediante penetrantes análisis de grandes símbolos de la tradición, Pego desarrolla una fenomenología literaria de la acogida del Absoluto en la finitud: sociedad y escuela, familia e individuo, en vínculo recíproco. Al término, su lógica immanente se revela como la de la libre asunción de lo finito por el Absoluto, lógica de la gracia y la Encarnación -“percepción de lo Real en su transitoriedad”- en la que el cristianismo emerge como expresión plena, a la vez histórica y necesaria, de las tendencias que desde sus orígenes clásicos y bíblicos atraviesan a una civilización en busca de una siempre esquivada integración. La exigencia así dibujada sitúa de este modo la posibilidad de una plena afirmación de la vida humana, y por consiguiente de la continuidad de una cultura,

en el reconocimiento de una instancia prepolítica de la que el hombre no podría disponer, pero que, en su acto simultáneo de fundamentación y limitación, le abriría de hecho un espacio de expansión propio, espacio de respeto y libertad que legitimaría una *lectura* de la propia realidad como *creada*. Sólo desde la así generada posibilidad de “mirar tal como se es mirado” se haría el hombre capaz de acoger, en la aceptación generosa y arriesgada de su condición filial, su propio presente, su pasado y futuro.

La prueba en negativo de dicha lógica se encontraría en la imparable tendencia de la modernidad a abolir, en nombre de la autonomía, toda finitud, toda *otredad*, Ley y Jerarquía, con el inesperado resultado de disolver lo humano en una patológica y asfixiante indistinción emotivista. Sus paradójicos beneficiarios serían aquellas instancias, hoy hegemónicas -Estado, capitalismo neurocientífico-, que, en su supremacía omni-barcardora e hiperlegalista, convierten las instituciones que sustentaban el antiguo orden y los relatos fundacionales a estas asociados en chivo expiatorio de su propia promesa redentora. “Quizás el objetivo último del transhumanismo sea cauterizar esa herida que se ha cobijado históricamente bajo el símbolo moral y espiritual de la Cruz, que sigue resultando tan consolador como escandaloso”.

Con todo, tal contraposición de visiones no es realizada desde la fortaleza confiada del apologeta, sino más bien desde la perplejidad de la constatación del derrumbamiento del orden antiguo –incluyendo el fracaso de la Iglesia conciliar en su intento de establecer una relación de pacífica armonía con la Modernidad- y la incertidumbre práctica de la posibilidad de su rehabilitación humana. En estas condiciones, la única alternativa plausible a la deconstrucción, a la experiencia posmoderna de la ausencia y del diferir permanente del sentido, no sería otra, según Pego, que la experiencia a la vez *kenótica* y creadora del monje, quien, en su búsqueda del absoluto, ya de antemano habría recogido y asumido la insuficiencia de todo lenguaje para buscar un bien y un sentido que se encontrarían, no *más acá* -en la convencional ficción subjetiva-, sino *más allá* del signo, confirmando así a este último relevancia escatológica, abriendo lo transitorio a una posible redención. La “mezcla de ultrancismo y libertad” propias del arte cisterciense se manifestarían entonces, en su fundamental inadecuación a todo acomodamiento mundano, como modelo paradigmático de una cultura, necesariamente poética, que aspirara a superar la crisis presente.

“En vasijas de barro”, cuarta parte, interrumpe brevemente el progreso de la exposición bajo el signo del relato y de la confesión aforística. Frente a la desilusión positivista, la apuesta por la confiada acogida de la *letra*, que llega a ser vehículo en estas páginas de una intensa emoción, posibilita la manifestación de toda su fecundidad *anagógica*, su capacidad subsiguiente para erigirse en el *texto* de nuestras vidas. Lo que se muestra en este breve pero significativo interludio es el *testimonio* que sigue al riesgo de la apertura y que *opera* esa misma libertad del trato con la tradición, con el texto, a que las páginas anteriores invitaban.

Retomando el arco discursivo, los restantes capítulos despliegan las posibilidades de una respuesta, orientada al futuro, a la crisis diagnosticada. Así, “Después del Edén” recuerda el carácter crucial para el destino de España y de Europa de los debates sobre la interioridad plasmados en los modernos tratados de oración -la querella del *quietismo*, y otras análogas, y su correlativa redefinición de la subjetividad. La posición ambivalente del evangelismo católico español frente a las instituciones medievales, la de órdenes rupturistas como franciscanos o jesuitas, pone de relieve la cuestión decisiva e irresuelta: ¿hasta qué punto la actual modernidad es un destino? ¿Hasta qué punto lo monástico, signo imperecedero aun en su derrumbe, raíz irreductible, por escatológica, de toda vocación cristiana, puede pervivir más allá de la *letra* de sus instituciones históricas?

“La soledad sabática” avanza la arriesgada respuesta: la salida del abismo nihilista no pasaría primordialmente por situarse en el horizonte apologético de una *batalla cultural* teológico-política -aunque esta dimensión sea inerradicable. El renacer de nuestra subjetividad abocada a la muerte solo podrá producirse, según el autor, desde la obediente asunción de la impotencia y la fragilidad de una finitud abandonada a sí misma -incluida su palabra-, que hiciera posible ver en la desdicha y en la ausencia, no el final, sino un exilio, y abrirse así a una espera de la gracia ya anticipadora de su presencia. No sería otra la naturaleza del verdadero acto poético, es decir, del acto genuinamente humano. “La desdicha del artista no es, en modo alguno, desgracia”. A la espera del *domingo* definitivo, tras haber atravesado el valle de la muerte, el *sábado* en el que estamos invitados a vivir, nos viene a decir Pego, es el momento de la *piEDAD*, de la apertura confiada a una desposesión que es creación eucarística.

No debemos ver en la anterior lección, ajena a todo programa político ordinario, una invitación a la evasión esteticista o a un misticismo irresponsable. Nos parecería un grave error ignorar la radical seriedad y la exigente lucidez de esta propuesta. Tradicionalista, desconcertará ciertamente a cierto conservadurismo. Con un estilo fragmentario e indirecto que, de forma intencionada, frustra las expectativas de exploración sistemática o de solución decisiva de los problemas tratados, el autor no niega, de hecho, el papel de la metafísica racional o de la dialéctica filosófica, pero parece retrogradarlas, precisamente para salvarlas, a un segundo orden jerárquico. Pego acepta la lección de Pascal: el orden de la caridad penetra y gobierna los órdenes inferiores -hoy trastornados- y solo se justifica desde sí mismo. Amparado en San Bernardo, desde la serenidad y libertad propias del exiliado-peregrino, el “estilnovismo claravalense” que reivindica esta *Poética del monasterio* eleva, como un himno, una fundamental promesa de afirmación, y una extraordinaria invitación a la Lectura.

Ignacio Peyra Almunia
La Salle - Universitat Ramon Llull